

# *Esperanza para «Los chavalitos»*

NARRADOR: DICK RUSSELL

EN UN AULA DEL ALTO ESTE DE MANHATTAN, EN LA CIUDAD de Nueva York, un grupo de adolescentes en su mayoría de familias acomodadas escuchaba con asombro a su maestro de español, Alejandro Obando. En una inspiradora muestra de diapositivas, veían las caras agradecidas de trescientas familias nicaragüenses que ahora tenían agua corriente gracias a un proyecto de ciudad hermana organizado por su maestro y los vecinos de Nueva York. Inspirándose en las enseñanzas del Dr. Martin Luther King Jr., la Escuela Rural de Manhattan (Manhattan Country School) le brinda a sus alumnos oportunidades de hacer decisivas contribuciones en el mundo.

Un estudiante, Daniel Eddy, escuchaba atentamente mientras Alejandro compartía sus sueños. Luego de enseñar Español en Nueva York durante siete años, su maestro había vuelto a su país. Su corazón se sentía adolorido pensando en «los chavalitos», los niños sin hogar que viven en las calles de Nicaragua, traficando con baratijas o robando cosas. Se sientan juntos en los callejones a oler goma. A veces llegan incluso a vender sus propios cuerpos para vivir.

Esto es lo que doce años de guerra impone a los niños de un país. Más de 6.000 niños nicaragüenses son huérfanos y desamparados. Miles más, bastante afortunados por no haber perdido a sus padres, laboraban durante largas jornadas en trabajos manuales para ayudar al sostén de sus

familias. El ochenta y cinco por ciento de los niños nicaragüenses menores de quince años viven en la pobreza.

Alejandro también creció en la miseria en la región central de Nicaragua. También vendió relojes falsificados y limpió zapatos para sobrevivir. Sus padres se divorciaron cuando él era un bebé y lo dejaron al cuidado de su abuela, Celia, en el pueblo de Camoapa. Ella se las agenciaba para lograr una magra subsistencia, vendiendo plátanos fritos; pero tenía verdaderas ilusiones de algo mejor para su nieto e insistía en que leyera libros en lugar de andar holgazaneando en el billar.

Bajo la dictadura de Somoza, a Alejandro y a otros niños de los pueblos pequeños como Camoapa se les negaba la educación después de la escuela primaria. De manera que el niño y su abuela se encaminaron a Managua, en busca de empleo y de una educación mejor. El dinerito que él ganaba vendiendo billetes de lotería bastaba para pagar la escuela nocturna. Un día, un médico de su pueblo lo encontró en las calles; si Alejandro limpiaba la escuela, le dijo, podía estar entre sus primeros diecinueve estudiantes de escuela superior. Alejandro aceptó la oferta con gran alegría.

Luego de graduarse, Alejandro fue lo bastante afortunado para recibir una beca de béisbol de la Universidad de Managua. Trabajando media jornada, ganó suficiente dinero para viajar a Nueva York con sus compañeros de equipo. Allí, el sueño de Alejandro de convertirse en un maestro tomó cuerpo y decidió dejar su país para estudiar en la Universidad de Columbia.

Ahora a los cuarenta y ocho, Alejandro es un ciudadano estadounidense con grandes sueños, y la Escuela Rural de Manhattan está ayudando a convertir sus sueños

en realidad. Alejandro les preguntó a sus estudiantes si querían ayudarlo a crear una granja-escuela para niños abandonados; quería darles alguna esperanza a aquellos niños pobres tanto como ofrecerles la segunda oportunidad que le dieron una vez a él. «Era un rayo de luz en una tierra devastada por la guerra —recuerda Daniel—. No había manera de oírle hablar sin querer ayudarlo».

Los administradores de la escuela prepararon donaciones de ropa y de materiales escolares. Amigos de la escuela y organizaciones culturales recaudaron fondos. Varios ex alumnos viajaron a Nicaragua durante el verano para ayudar a construir dormitorios y aulas. Uno de los primeros estudiantes de Español de Alejandro pasó todo un año como voluntario, ayudando a preparar el currículo. Un campo de béisbol construido por Alejandro y un grupo de voluntarios estadounidenses espera el estreno de su primer equipo. La escuela, construida en el pueblo en donde Alejandro nació, está convirtiéndose en una realidad.

«A lo largo de los próximos cinco años, quiero crear una vida maravillosa para cincuenta niños sin hogar —dice—. Juntos, viviremos en una granja campestre de trescientos acres con un manantial transparente y animales silvestres como monos y venados. Aquí los niños aprenderán a leer y escribir, a plantar su propio alimento y a ser líderes. Los niños mayores enseñarán a los más pequeños».

Los estudiantes que están en la ciudad de Nueva York le escriben cartas a Alejandro. «Lo que estás haciendo es difícil. Te echamos de menos, pero estamos orgullosos de ti». «Quiero ir a ayudarte durante mis vacaciones de verano», escribió uno de ellos.

«Yo lloraba a recibir sus cartas en las cuales se ofrecían a organizar rifas y tómbolas para comprar lápices y mate-

riales a los niños —dice Alejandro—. El corazón humano no sabe de fronteras geográficas».

En la ceremonia de apertura de la escuela, unos veinte niños estaban de pie juntos haciendo un amplio círculo. Sus ojos brillaban con esperanza, cada uno había plantado un arbolito. «Quiero enseñar a los niños a preservar la belleza de esta tierra», dice Alejandro. Pero antes de celebrar los frutos de su sueño, él hizo una peregrinación hasta la tumba de su abuela. «Espero cumplir con lo que ella siempre me decía —afirma—. Sé un buen ciudadano, edúcate y ayuda a otros».

*La educación hace a las personas fáciles de conducir, pero difíciles de manejar; fáciles de gobernar, pero imposibles de esclavizar.*

HENRY BROGHAM

Bríndele esperanza a la escuela «Los chavalitos» de Nicaragua con su aporte voluntario. Llame a Ginny Scheer **Manhattan Country School Farm** al 607-326-7049. Envíe donaciones a: **Madre/Los Chavalitos**, 121 West 27 Street, Room 301, New York, NY 10001.